

EL TIEMPO DEL “POSMALESTAR”: ¿HACIA UNA DECEPCIÓN CRÓNICA CON LA SITUACIÓN POLÍTICA EN ESPAÑA?¹

FRANCISCO CAMAS GARCÍA

Analista de Metroscopia
fcamas@metroscopia.es

JOSÉ PABLO FERRÁNDIZ

Investigador principal de Metroscopia
jpferrandiz@metroscopia.es

RESUMEN

La crisis financiera iniciada en 2007 provocó una herida profunda en el entramado político institucional de España. La correlación entre el aumento del malestar con la situación económica y el malestar con la situación política resultó muy evidente. Diez años después, los datos objetivos y subjetivos sobre la economía nacional registran una clara —aunque moderada— mejoría que, sin embargo, no se corresponde con una disminución de la percepción negativa sobre la política. De hecho, el descontento con la última viene siendo superior al de la primera desde 2015. La posible pérdida de intensidad de dicha correlación en los próximos años podría definir un nuevo tiempo, el “posmalestar”, caracterizado por niveles moderados de insatisfacción con la situación económica y altos niveles de insatisfacción con la política. La crisis económica sería, por tanto, una condición necesaria pero no suficiente para explicar la crisis política. El “posmalestar” sería también la consecuencia de la decepción ante una demanda ciudadana de oxigenación del sistema político que el periodo de transformación acaecido entre mediados de 2014 y finales del 2016 no ha logrado del todo satisfacer. Esta situación podría traer consigo un descontento político crónico. La presente comunicación tiene como objetivo detectar las variables que ayudarían a explicar el tiempo del “posmalestar”, a partir de un análisis cuantitativo de datos procedentes del banco de encuestas de Metroscopia.

PALABRAS CLAVE

Crisis económica, crisis política, posmalestar, opinión pública.

¹ Los autores quieren agradecer a Marcos Sanz, analista de Metroscopia, y a David Rojo, analista en prácticas, sus ideas y aportes a este trabajo.

NOTAS BIOGRÁFICAS

FRANCISCO CAMAS GARCÍA es doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Granada. Actualmente analista de Metroscopia. Principales áreas de investigación: sociología electoral, comportamiento político, género, jóvenes, opinión pública.

JOSÉ PABLO FERRÁNDIZ es doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Investigador principal de Metroscopia. Principales áreas de investigación: sociología electoral, comportamiento político, opinión pública.

Este trabajo pretende contribuir con datos de opinión pública a la perspectiva integradora de factores económicos y políticos para explicar cómo las atmósferas económica y política están interrelacionadas en la configuración del ánimo, la opinión y el voto de la ciudadanía.

Más concretamente, se propone aportar sostén empírico y explicativo al fenómeno que puede denominarse como del “posmalestar”. Caracterizado por una coyuntura anómala² de mayor insatisfacción ciudadana con la situación política que de insatisfacción con la económica, el posmalestar definiría un contexto de posible cronificación o normalización de la decepción con la política al mismo tiempo que otorgaría un marco conceptual desde el que reflexionar sobre el impacto político, social y psicológico de la Gran Recesión.

Identificado a comienzos de 2016, la instauración del posmalestar se articula en torno a dos dimensiones:

- **Desajuste económico:** datos macroeconómicos positivos (crecimiento PIB, descenso desempleo, crecimiento consumo, etc.) coinciden con estancamiento desigualdad, pobreza, salarios y condiciones laborales precarias, etc.
 - El reflejo más claro es la todavía alta, aunque lentamente decreciente, insatisfacción ciudadana con la situación económica del país. No se percibe la salida de la recuperación ni la crisis.
 - La mejora objetiva de la situación económica no es, por tanto, ni integral ni achacable al Gobierno. Además la responsabilidad es compartida con el PSOE (“herencia recibida”) y con la instancias supranacionales (troika).
- **Frustración política:** la indignación que caracteriza el peor momento de la crisis económica parece reparar ya en frustración por al menos tres elementos
 - La fallida oxigenación del sistema político demandada por la mayor parte de la ciudadanía. El bloqueo político de 300 días durante 2016 inicia el posmalestar. La insatisfactoria gestión o incluso rechazo del momento multipartidista por parte de los partidos políticos deviene frustración.
 - La continuidad del PP en el gobierno constata la malograda o insignificante oxigenación del sistema pues implica, en la práctica, la ausencia o ineficaz construcción de alternativa política.

- La corrupción política parece haber dejado de ser un tema para devenir en un contexto. No se trata de un problema concreto sino más bien un telón de fondo moral y emocional desde el que la ciudadanía española percibe y evalúa cuanto acontece. Es un elemento propio de la esfera política que parece atenuar el efecto de la situación económica sobre la situación política, así como menguar el voto económico.

1. Antecedentes del posmalestar

Si cabe hablar de un posmalestar es porque, con anterioridad, ha existido un malestar. Este período —el del malestar— arranca con la Gran Recesión: la crisis económica mundial que la mayoría de analistas sitúa entre otoño de 2007 —cuando se produce en EE.UU. la crisis de las hipotecas *subprime*— y otoño de 2008 —tras la quiebra de la compañía de servicios financieros Lehman Brothers—. España, además de sufrir la repercusión de esta crisis global, tubo de hacer frente a otra de carácter particular caracterizada por una serie de desequilibrios propios entre los que se encontraban un exceso de concentración de recursos reales y financieros en el sector inmobiliario; una tendencia al endeudamiento excesivo de empresas y familias; y el desarrollo y expansión de ciertos problemas de competitividad. La crisis provocó una importante caída del PIB a precios de mercado español y del PIB por habitante, además de, entre otras cosas, un descenso del número de empresas y un incremento del coste por hora trabajada. Pero, sin duda, el reflejo más claro de la crisis económica fue el aumento del desempleo, que se situó, y se sigue manteniendo, por encima de los cuatro millones de personas.

Este carácter dual de la Gran Recesión en España “otorgó a la crisis en España un componente de mayor complejidad y determinó un cierto retraso en la capacidad de salida de la misma”³. Los desequilibrios a los que se hacía mención eran, un exceso de concentración de recursos reales y financieros en el sector inmobiliario; una tendencia al

³ Así lo afirmó en una conferencia titulada “La economía española en la crisis mundial” que dio el 1 de febrero de 2010 en Zaragoza dentro del Programa “Economía de la crisis y de la reactivación/Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón. (<http://www.bde.es/f/webbde/GAP/prensa/intervenpub/diregen/estudios/ficheros/es/estu010210.pdf>).

endeudamiento excesivo de empresas y familias; y el desarrollo y expansión de ciertos problemas de competitividad.

La crisis económica provocó, así, una importante crisis social de forma que el nivel de vida de los hogares españoles se fue deteriorando de forma importante desde 2007. Se produjo una reducción de la renta al tiempo que su distribución se hizo menos equitativa, de forma que los niveles de desigualdad en España se situaron en 2013 en máximos históricos desde que había registros de encuestas de hogares. El reparto de la crisis económica fue muy desigual, afectando en mayor medida a los estratos inferiores que vieron cómo sus niveles de vida disminuían de forma drástica generando situaciones de pobreza y exclusión social desconocidos en nuestro país desde décadas atrás. Los datos de encuestas ponían de manifiesto, entre otras cuestiones, la evolución descendente desde 2009 y hasta 2013 de los ingresos medios por hogar, el aumento del porcentaje de españoles en riesgo de pobreza, el aumento del porcentaje de hogares que no tenían capacidad para afrontar gastos imprevistos, el aumento de hogares que no se podían permitir ir de vacaciones fuera de casa al menos una semana al año y el de hogares que tenían retrasos en los pagos de gastos relacionados con la vivienda principal.

Una crisis económica que provocó que año tras año desde su inicio, la desigualdad en España se fuera incrementando⁴, en gran parte, como consecuencia del aumento del desempleo. Se pasó de una tasa de paro del 9.6% en el primer trimestre de 2008 (el 9 de marzo de ese año se celebraron elecciones generales) a una del 22.6% en el cuarto trimestre de 2011 (coincidiendo con las elecciones generales de ese año)⁵. Desde ese momento y hasta el cuarto trimestre de 2015 (coincidiendo con las elecciones generales del 20 de diciembre) ese porcentaje permaneció por encima del 20%⁶. En el caso de los más jóvenes (los menores de 25 años), la tasa de desempleo se mantuvo próxima o por

⁴ Puede leerse el artículo de opinión que escribió Guillermo de la Dehesa, presidente del *Centre for Economic Policy Research* en EL PAÍS el 29 de junio de 2014. (http://economia.elpais.com/economia/2014/06/26/actualidad/1403806469_557818.html).

⁵ A este respecto es interesante la lectura del artículo “El gran saqueo” de Joaquín Estefanía publicado en EL PAÍS el 9 de mayo de 2011 (http://elpais.com/diario/2011/05/09/opinion/1304892012_850215.html)

⁶ Puede consultarse la evolución de la tasa de paro en: (<http://www.elmundo.es/grafico/economia/2014/10/24/544a3a98268e3ece028b456d.html>).

encima del 50% en este período de tiempo. A pesar de las duras medidas adoptadas — primero por el Gobierno socialista de Zapatero y posteriormente por el Gobierno popular de Rajoy— el número de parados continuó alcanzando cifras estratosféricas y atípicas en comparación con los países europeos de nuestro entorno⁷. España es el país de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) donde más empleo juvenil se destruyó entre 2007 y 2015. El porcentaje de jóvenes españoles menores de 30 años que ni estudian ni trabajan llegó a su máximo en 2013: 26%. Y quienes entraron en el mercado laboral en 2009 sufrieron un recorte salarial de 56 puntos porcentuales respecto a quienes lo hicieron en 2003. Como ejemplo comparativo, ese porcentaje por sólo es de un 2% en el caso de Holanda, según la OCDE.

Y frente a la mayor crisis económica y a la más grave y profunda crisis social a las que España ha tenido que hacer frente en décadas — en un sondeo llevado a cabo por Metroscopia con motivo de los 100 primeros días del Gobierno del PSOE, un 75% de los ciudadanos (el porcentaje más elevado registrado hasta ese momento en los dos decenios precedentes) definía negativamente la situación económica del país— los ciudadanos se encontraron con unas instituciones que se mostraban incapaces de atender a sus urgentes demandas de ayuda. En especial, las instituciones políticas y, más concretamente, los partidos y los líderes políticos. Como señala Vallés (2016), tanto los efectos objetivos⁸ como los subjetivos (la percepción por parte de los ciudadanos) de la crisis económica jugaron a favor de la desafección hacia el sistema político.

En efecto, a los múltiples efectos directos que la crisis económica estaba teniendo sobre la sociedad había que añadir uno colateral que resultaba especialmente alarmante: la constatación ciudadana de carecer, cuando más necesarios resultaban, de liderazgos políticos confiables y eficientes. Este hecho provocó el alejamiento de los principales partidos políticos de una parte sustancial de los electores que se quedaron huérfanos políticos, esto es, sin un referente partidista al que apoyar, y que en las encuestas manifestaba preferir la abstención (que dejó de representar una opción vergonzante o

⁷ Alemania, por ejemplo, pasó de un desempleo del 11.3% en 2005 —cuando llevó a cabo un duro programa de ajustes— a uno por debajo del 6% en 2011, en plena crisis económica.

⁸ Entre estos efectos se encuentran aumento del paro y su cronificación para determinados colectivos, el porcentaje de desocupados sin subsidios de ningún tipo, la precarización laboral, la devaluación de los salarios, el aumento de la pobreza y la posibilidad de caer en ella, etc.

políticamente incorrecta para pasar a ser considerada como una forma de activismo y de crítica política, por lo menos en los sondeos) antes que apoyar a cualquiera de los partidos existentes hasta ese momento (nos referimos a los años previos a la aparición de Podemos y al salto a la política nacional de Ciudadanos).

Los datos de opinión a lo largo de estos años ponen de manifiesto, por un lado, la creciente angustia ciudadana con la situación económica según avanzaba la crisis y esta se hacía más profunda, y, por otro lado, el generalizado malestar con la situación política y sus principales protagonistas: partidos, líderes e instituciones. Primero, durante la segunda legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero (PSOE) como presidente del Gobierno, y después, durante la primera legislatura de Mariano Rajoy al frente del Ejecutivo.

La IX Legislatura: el PP se constituye como recambio del PSOE

Si en marzo de 2009 —y según un sondeo de Metroscopia—los españoles responsabilizaban de la crisis económica española más a los actores internacionales que a los patrios, en septiembre de 2011, dos meses antes de las elecciones generales de ese año, los ciudadanos apuntaban a los bancos españoles como los principales causantes de la situación, con una responsabilidad que puntuaban con un 8.4 sobre diez. Entre los votantes del PP emergía otro responsable mayor: el gobierno de Zapatero, al que culpabilizaban con un 8.7. En general, los ciudadanos pensaban que estaban pagando los platos rotos de una crisis que habían causado otros —bancos, mercados y gobierno—. En la misma línea apuntaban los datos del sondeo preelectoral del CIS: un 31% de los electores atribuía la principal responsabilidad de la crisis económica nacional al Gobierno español presidido por Zapatero (frente a un 24% que, por ejemplo, señalaba como culpable a los bancos o un 22% a la situación económica internacional⁹). El clima de opinión ciudadano en la última semana previa a las elecciones destacaba así por un creciente temor ciudadano a que España tuviera que ser rescatada económicamente por la Unión Europea. Un dato que, sin duda, perjudicaba al PSOE y beneficiaba al PP por cuanto los populares eran percibidos como mejores gestores de la economía que los

⁹ Solo un 1% mencionaba como principales culpables a los ciudadanos. (http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2920_2939/2920/Es2920.pdf)

socialistas. Esto encajaría con el esquema de voto económico de Anderson (2000): había una clara responsabilidad institucional sobre el estado de la economía (atribuida al PSOE), el tipo de gobierno monocolor clarificaba aún más dicha responsabilidad y la alternativa de gobierno disponible y viable estaba claramente representado por el PP. De hecho, desde el año 2009 eran algo más numerosos los españoles que consideraban que, de haber ganado el PP las elecciones de 2008 en lugar de haberlo hecho el PSOE, España se encontraría, en esos momentos, mejor y no peor de lo que estaba (30% frente a 23%)¹⁰, y, en concreto, que las cosas hubieran estado yendo mejor en cuanto a la gestión de la crisis económica. Eran también más los españoles que pensaban que el PP estaba, en ese momento, mejor preparado que el PSOE para reactivar la economía española: 39% frente a 26%.

Durante esta legislatura, el punto de inflexión para las aspiraciones electorales del PSOE se produjo el 12 mayo de 2010, día que el Gobierno de Zapatero anunció en el Congreso de los Diputados el paquete de medidas anticrisis que su Gobierno tenía pensado llevar a cabo en los meses siguientes y que supusieron el mayor recorte del gasto de la democracia. Un sondeo llevado a cabo por Metroscopia tras el anuncio del Gobierno arrojaba que, en conjunto, el paquete de medidas era desaprobado por el 46% y aprobado por un 34%. Tras esta evaluación de conjunto mayoritaria pero no masivamente negativa, parecía estar pesando fundamentalmente la generalizada sensación de insuficiencia de los remedios propuestos más que el rechazo a los mismos. De hecho, una amplia mayoría de españoles (68%) creía que, pese a todo, el PP debería apoyar las medidas propuestas por el Gobierno. Así pensaba, incluso, casi la mitad (45%) de los propios votantes populares. Los ciudadanos reclamaban unidad política para hacer frente de manera conjunta a los graves problemas nacionales. Una demanda que parecía no coincidir con las agendas de los partidos políticos.

En noviembre de 2010, tan solo un mes antes de la celebración de las elecciones, apenas uno de cada dos (52%) votante socialista manifestaba su intención de volver a votar al PSOE. ¿Qué podía contribuir de forma clara a mejorar las opciones electorales del PSOE?

¹⁰ La mayoría relativa (39%, porcentaje que aumentaba hasta un significativo 46% entre los votantes socialistas) creía que, de haber ganado el PP, las cosas estarían igual de lo que estaban, lo que, en cierto modo, era una forma de reconocer que la situación económica del país dependía más de cuestiones externas que de políticas nacionales. Si a esto añadimos la mejor imagen que empezaba a tener el PP ayuda a entender el realineamiento electoral que se estaba a producir entre el electorado español.

Ante todo, y, sobre todo, que la situación económica experimentase una mejoría tan clara que se tradujese en una reducción sustancial del elevado nivel de paro existente en ese momento: así lo indicaba el 84%. Una mejoría que en ningún caso se produjo.

El PP ganó las elecciones generales de 2011 logrando su mejor resultado histórico, y eso a pesar de que su candidato, Rajoy, contaba con la desaprobación y la desconfianza de la amplia mayoría de los ciudadanos (algo que también le sucedía al candidato socialista, Alfredo Pérez Rubalcaba, y que reflejaba la ausencia de un auténtico liderazgo político). Los resultados de las elecciones de 2011 pusieron de relieve que “la economía entró en las urnas” (Fraile y Lewis-Beck, 2014): la crisis económica había pesado más en los alineamientos electorales de los españoles que la corrupción¹¹. En otras palabras, la crisis económica (y su gestión por parte del Gobierno) pasó más factura electoral al PSOE que los casos de corrupción política vinculados al PP a los populares. Esos comicios fueron, también, probablemente, la última oportunidad que los españoles dieron al bipartidismo. A medida que la Gran Recesión desplegó sus efectos y amenazas, la opinión pública se sumergió en una imparable espiral de insatisfacción, descontento y desconfianza (Orriols y Rico, 2014: 81).

La X Legislatura: el PP deja de ser continuidad y el PSOE ya no es percibido como recambio

Tras las elecciones de 2011 —y, probablemente, como consecuencia del efecto catártico que, al menos en un primer momento, suele producirse sobre el ánimo ciudadano tras la conclusión de un proceso electoral— la evaluación ciudadana de la situación política mejoró con respecto a meses anteriores, si bien un llamativo 65% seguía definiéndola como mala (16 puntos menos que el 81% del mes anterior).

Al mismo tiempo, la idea claramente predominante (la expresaba un 55% de la ciudadanía) era que, en aquellas circunstancias, el resultado electoral que se había producido —el triunfo por mayoría absoluta del PP— era positivo para España: solo un 25% lo consideraba negativo. Eso guardaba relación, con toda probabilidad, con el hecho

¹¹ Sobre la corrupción en España en este período de tiempo es recomendable la lectura del artículo sobre la corrupción en España de Villoria y Jiménez (2012).

de que un 45% pensara que Rajoy iba a saber gestionar la crisis mejor que Zapatero (un 35% opinaba que la iba a gestionar igual y solo un 12% que peor), cosa que, por otra parte, ya opinaba la ciudadanía —prácticamente en esos mismos términos— antes de las elecciones.

Pero en abril del 2012 —apenas cuatro meses después de que el PP ganara las elecciones obteniendo su mejor resultado histórico y cuando tan solo habían transcurrido los simbólicos 100 primeros días desde su toma de posesión—, el gobierno de Rajoy y la ciudadanía terminaban su luna de miel. Aunque las circunstancias no eran comparables a las presentes en otros momentos anteriores —y, por tanto, las comparaciones deben ir acompañadas de matices— lo cierto es que no existe en España un precedente de un desgaste tan rápido de un Gobierno recién elegido (Ferrándiz, 2012). La gestión de la crisis económica pasaba ya factura al gobierno del PP. Si tres meses antes la mayoría de los ciudadanos (51%) decía tener una impresión positiva del Ejecutivo, en el mes de abril el 64% la tenía negativa. Un rápido desgaste de imagen del Gobierno que se sustentaba en la percepción mayoritaria —56%— de que no estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la situación económica.

Lo que hasta ese momento venía siendo solo preocupación, si bien cada vez más extendida, por la situación económica del país subía de grado y pasaban a convertirse en masiva ansiedad: el 90% de los españoles decía sentirse angustiado por la situación económica del país.

En cierta medida, la situación que arrojaban los datos de un sondeo de Metroscopia llevado a cabo en agosto de 2012 se asemejaba mucho a la que se había producido en junio de 2010 tras la aprobación en el Congreso de las medidas anticrisis del Gobierno socialista presidido por Zapatero. Por un lado, el 64% de los españoles pensaba que el Gobierno de Rajoy había perdido por completo la capacidad de dar solución a la situación del país. Dos años antes pensaba lo mismo del, aquel entonces, Gobierno socialista, un 69%. Por otro lado, el 76% creía que aunque el Gobierno lo estuviera haciendo mal, no significaba que un Gobierno del PSOE lo fuera a hacer mejor. Lo mismo pensaba en 2010 —con los actores intercambiados— un 73% de los ciudadanos. Y tanto en 2012 (66%) como dos años antes (77%) la mayoría de los ciudadanos seguía pensando que lo que España necesita era que otros políticos se situaran al frente de los principales partidos políticos.

En ese sondeo, una clara mayoría absoluta de los españoles pensaba que el presidente del Gobierno, Rajoy, daba la impresión de estar desbordado por la situación económica: el 78% creía que no tenía controlada la situación, el 70% que no transmitía sensación de calma o tranquilidad, el 65% que no estaba sabiendo estar a la altura de las circunstancias, el 64% que ya no sabía qué más hacer para luchar contra la crisis y el 59% que no había sabido negociar bien con Europa la ayuda a España. Y cabe destacar que entre el tercio y la mitad de los propios votantes populares coincidía con esta evaluación crítica. La tradicional imagen del PP como partido especialmente competente en la gestión económica estaba así sufriendo un claro desgaste.

En octubre de 2012, el 68% de españoles consideraba que los recortes que había llevado a cabo el Gobierno no habían dado ningún resultado ni parecía que fueran a darlo en un futuro cercano. Ese porcentaje era diez puntos superior al registrado en el mes de abril de ese año (58%) y superaba ya al del sondeo llevado a cabo en noviembre de 2011 pocos días antes de las elecciones generales de ese año.

En diciembre de 2012, el 87% de los españoles calificaba negativamente la situación política de nuestro país, el porcentaje más elevado de, al menos, las dos décadas anteriores. Una mala situación de la que responsabilizaban en mucha mayor medida a los líderes políticos en aquellos momentos que a la forma en que está organizada nuestra democracia. No se trataba, por tanto, de una desafección política con el sistema democrático en los términos de Montero, Gunther y Torcal (1998). Pero la impericia de los primeros parecía estar acabando por desteñir, cada vez más, en la confianza en la segunda: así, desde 2010, la repuesta que había ido haciéndose gradualmente más frecuente —pasando de un 13% al 25% de esa oleada— era la que señala como culpables a ambos: líderes y sistema. En ese sentido, los síntomas eran muy parecidos a los acaecidos en otros períodos anteriores de crisis económica en los que las demandas que los ciudadanos dirigen al sistema político no son correspondidas por este por estar excesivamente “sobrecargado” dando lugar a lo que se denominó una “crisis de gobernabilidad” como ha señalado Vallespín (2000). Esta Esta misma idea fue sostenida en los años 70 por Crozier, Huntington y Watanuki (1975) y en los 80 por Bobbio, Pontara y Vecca (1985).

El 31 de enero de 2013 el diario EL PAÍS¹² publicaba los “papeles” de Bárcenas: los documentos con las cuentas manuscritas de los tesoreros del PP entre 1990 y 2008 que ponían al descubierto una supuesta contabilidad oculta del PP durante esos años. En un sondeo de Metroscopia llevado a cabo pocos días después, la estimación de participación en el caso de que se celebraran unas elecciones generales en ese momento arrojaba el porcentaje más preocupantemente bajo de la democracia: apenas el 53%, casi 20 puntos menos que quienes habían acudido a votar poco más de un año antes (71.7%). El bipartidismo imperfecto que había caracterizado el Parlamento español se veía afectado también: la suma de los porcentajes de los dos partidos que habían gobernado España en las tres décadas anteriores —PSOE y PP— no alcanzaría, según la estimación, ni la mitad de los votos válidos emitidos: el 23.9% el PP y el 23.5% el PSOE. Esto significaba 20.7 y 5.2 puntos menos, respectivamente, que lo logrado por cada partido en las elecciones del 20N de 2011.

El electorado español parecía estar experimentando un doble proceso: uno de “expulsión” hacia la abstención, que afectaba a una parte importante del electorado que había votado en las elecciones generales de 2011 (sobre todo de votantes del PP y del PSOE), y otro de “reordenación” de los votantes, en el que IU y UPyD eran los mayores beneficiados. Pero, según un sondeo de Metroscopia de mayo de 2013, el descontento parecía estar desembocando en un rechazo a cualquier opción partidista y en un desenganche del proceso electoral. La estimación de participación en el caso de que se celebraran en ese momento, de manera inmediata, unas elecciones generales no superaba el 50%. Así, cuando faltaba menos de un año y medio para las siguientes elecciones generales de finales de 2015 la agenda política y mediática estaba protagonizada por la corrupción política.

En todo caso, el PP ponía todas sus esperanzas en la recuperación económica: si los españoles percibían que la economía mejoraba, probablemente seguirían confiando electoralmente en ellos a pesar de la corrupción política vinculada a dirigentes del partido. En este sentido, el 2014 era un año clave: esperaban recuperar a los votantes que habían ido perdiendo a lo largo de la legislatura, según los sondeos. Pero la mejora económica

¹² La portada de EL PAÍS del jueves 31 de enero de 2013 publicó, en exclusiva, estos documentos. (http://politica.elpais.com/politica/2014/01/31/album/1391168032_956062.html#1391168032_956062_1391169607).

que a lo largo de ese año había ido proclamando el Gobierno y algunos empresarios — apoyándose para ello en datos macroeconómicos— no llegó a ser percibida en ningún momento por la mayoría de los ciudadanos. Por un lado, el 90% de los españoles seguía calificando negativamente la situación económica de España. Por otro lado, las familias españolas no habían percibido cambio alguno en su economía ni para bien ni para mal a lo largo de la legislatura: el 42% calificaba como buena su economía doméstica y un 32% como mala, prácticamente los mismos porcentajes que dos años antes (39% y 33% respectivamente). De hecho, el porcentaje de españoles que afirmaba que le costaba llegar a fin de mes permanecía invariable: 42% en abril de 2014 frente al 41% en 2012.

Lo que sí parecía estar cambiando eran las expectativas de los ciudadanos con respecto a la evolución de la economía nacional: aunque la mayoría (50%) creía que no iba a variar, quienes consideraban que iba a mejorar en los meses posteriores superaban a quienes creían que iba a empeorar —29% frente a 19%— cuando dos años antes la mayoría relativa se mostraba pesimista a ese respecto (44% frente al 17%). Y aunque seguía siendo minoritario, el porcentaje de ciudadanos que pensaba que estaba ya próximo el momento en que el paro iba a dejar de crecer para empezar a bajar de forma continuada había aumentado 10 puntos a lo largo del último año: 27% frente al 17% de abril de 2013. El problema para el PP era que los españoles no parecían relacionar estas expectativas de leve, pero ya perceptible, mejoría con la gestión gubernamental: un año antes, cuando el diagnóstico del español medio sobre la economía era más pesimista, un 74% pensaba que el Gobierno no estaba sabiendo hacer frente de forma adecuada a la crisis; en abril de 2014, cuando parecía que los ciudadanos empezaban a percibir que las cosas estaban mejorando, lo seguía pensando un 76%.

La irrupción de Podemos y Ciudadanos cambió por completo el panorama electoral

Los resultados de las europeas constataron el declive del bipartidismo —el PP obtuvo tan solo el 11.2% de los votos del censo y el PSOE no llegó a alcanzar el 10%—. Tras estos comicios, en el Barómetro del CIS¹³ de julio, Podemos pasó a situarse en segunda posición tras el PP en Intención Directa de Voto (IDV) para el caso de que se celebraran unas inmediatas elecciones generales. Era la primera vez en toda la serie histórica del CIS que un partido que no fuera el PSOE o el PP se situaba en segunda posición en la IDV y

¹³ Puede consultarse en http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/3020_3039/3033/es3033mar.pdf

la primera vez que un tercer partido lograba superar el 15% de los votos estimados para el caso, también, de unos comicios generales.

Ciudadanos, apenas un mes después de anunciar formalmente su intención de concurrir a las siguientes elecciones generales, estaba en disposición de hacerse con unos dos millones de votos (el 8.1% de la participación estimada por Metroscopia), quedando en cuarto lugar. Era, probablemente, la primera vez que se hablaba ya directamente de un cuatripartidismo y, por tanto, de un radical cambio del sistema de partidos español¹⁴.

El período del malestar estaba llegando a su fin. Un sondeo de Metroscopia del mes de noviembre arrojaba datos relevantes que ayudan a explicar algunos apoyos electorales en las elecciones del 20D. En primer lugar, destacaba que las evaluaciones negativas sobre la situación política superaran en nueve puntos a las evaluaciones negativas sobre la situación económica (véase Gráfico 1). En este sentido, solo un tercio de los potenciales votantes populares (32%) evaluaba negativamente la situación económica española. Confrontaba este dato con el 71% de los potenciales votantes de Ciudadanos que consideraban mala o muy mala la situación económica nacional, el 85% de los potenciales votantes del PSOE y el 96% de los de Podemos. Y otro dato más: entre los potenciales votantes de los partidos del centro derecha y derecha (Ciudadanos y PP) la situación política parecía preocupar más que la económica. Los potenciales votantes de PSOE y Podemos evaluaban en términos negativos las dos situaciones en la misma —y muy superior— proporción (véase Gráfico 2). Sin duda, solo los potenciales votantes del PP parecían percibir signos claros de mejora económica. Si ni los casos de corrupción vinculados al PP ni la mala situación económica del país —al que la mayoría de este electorado parecía ajeno— eran capaces de alterar el apoyo de este electorado al partido liderado por Rajoy, parecía difícil pensar que en el mes que quedaba para las elecciones, este electorado —el más motivado para acudir a las urnas— dejara de votar a los

¹⁴ En el Barómetro de enero de 2015 del CIS todavía no se detectaba el auge de Ciudadanos y, por tanto, el emergente cuatripartidismo. En esa oleada, el partido de Rivera obtenía un 2.1% en la IDV y un 3.1 en la estimación de resultado electoral (porcentajes, eso sí, que marcaban una tendencia ascendente desde los precedentes dos Barómetros electorales del CIS. La evolución de la estimación de voto de cada partido puede consultarse en:

http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Indicadores/documentos_html/sB606050020.html

populares. El PP parecía— según los diferentes datos de los sondeos— capaz de retener a unos siete millones de votantes. Un dato que se confirmó en las elecciones del 20 de diciembre de 2015, momento en el cual finaliza el período del malestar para dar comienzo el del posmalestar.

2. Medir el posmalestar

Este trabajo se propone una primera aproximación teórica y empírica a la idea de “posmalestar”, por lo que la pretensión no es en ningún caso establecer una definición ni un modelo analítico definitivos. Más bien, se trata de aportar un análisis de determinados indicadores basados en estudios de opinión pública para dar forma a la hipótesis central. El propósito es indagar hasta qué punto la mayor insatisfacción con la política respecto a la insatisfacción con la economía que expresa la ciudadanía española a partir de 2016, responde a unas particularidades propias de un tiempo tan nuevo como distinto al del malestar instaurado desde el inicio de la Gran Recesión. El objetivo fundamental es tratar de detectar —si no todos— los principales rasgos del posmalestar y ofrecer alguna explicación tentativa del fenómeno.

Esta investigación se articula en torno a una hipótesis principal y dos hipótesis secundarias adheridas a la primera. Como ya se ha advertido, se pretende contrastar que la mayor insatisfacción ciudadana con la situación política respecto a la insatisfacción con la situación económica es un fenómeno característico de un tiempo distinto que hemos venido a denominar de posmalestar. Se definiría como un contexto de posible normalización del descontento, la decepción y la frustración con la política debido a la conjunción de determinados factores que muestran una gran estabilidad a lo largo del último tiempo. En ningún caso se aspirará a predecir el grado de arraigo, temporalidad o reversibilidad del posmalestar, sino demostrar su existencia y plantear hasta qué punto pueda tratarse o no de un hecho coyuntural.

El marco de apoyo de la hipótesis principal recae principalmente en otras dos hipótesis.

- 1) El comienzo del posmalestar coincide con el periodo poselectoral de las generales del 20 de diciembre de 2015 y con una lenta pero progresiva disminución del pesimismo ciudadano sobre la economía actual de España. Sin embargo, la causa principal de la inversión de los descontentos (político y económico) tiene más que ver con la gestión de los resultados emanados de tales comicios que con los

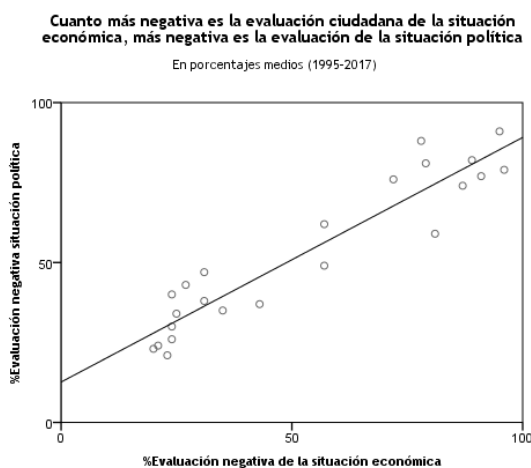
propios resultados. El paso de un sistema bipartidista a uno multipartidista no sería el problema per se, sino más bien la frustración de las expectativas ciudadanas tras los acontecimientos del proceso político de 2016.

- 2) El posmalestar no es un fenómeno homogéneo, a partir del cual las motivaciones subyacentes a la alta insatisfacción con la política son compartidas o muy similares entre el conjunto de la ciudadanía. En un sistema multinivel asimétrico como es el Estado español, las percepciones políticas y económicas pueden diferir según el nivel político-administrativo al que se refiera. Si las condiciones económicas, políticas y sociales son distintas según comunidades autónomas, es esperable que las percepciones también varíen según se dirijan hacia al nivel nacional o al nivel autonómico. De ahí que el posmalestar pueda presentar distintas intensidades a lo largo y ancho del territorio. Por otro lado, la continuidad del PP en el Gobierno de España tras la investidura fallida de Pedro Sánchez en marzo de 2016, la repetición electoral de junio y la investidura de Mariano Rajoy en octubre, supondría que el descontento político que los propios votantes populares expresan, se apoyen en razones distintas al de resto de partidos políticos. Por tanto, la variable ideológica jugaría un papel fundamental en la explicación del posmalestar.

Para tratar de abordar los objetivos y contrastar las hipótesis planteadas, este trabajo se nutre del banco de encuestas de opinión Metroscopia. Los datos referidos al periodo previo a 2015 provienen de sondeos de opinión realizados a población española con derecho a voto, mayor de 18 años, a partir de muestreo estratificado por cuotas de sexo, edad, hábitat (tamaño de municipio) y región (Comunidad Autónoma) y cuyas entrevistas se llevaron a cabo a través de teléfonos fijos. Todos los datos posteriores al año 2015 se diferencian de los anteriores en que las entrevistas se realizaron a teléfonos móviles seleccionados de forma aleatorio a partir de un generador automático de números telefónicos (estos datos se calibraban posteriormente a través de ponderaciones múltiples por sexo, edad, hábitat (tamaño de municipio) y región (Comunidad Autónoma)). El diseño, la recogida de información y el tratamiento de la misma se realizó íntegramente en Metroscopia, por lo que queda garantizada la consistencia necesaria para la comparabilidad de cualquiera de los indicadores utilizados.

3. El posmalestar

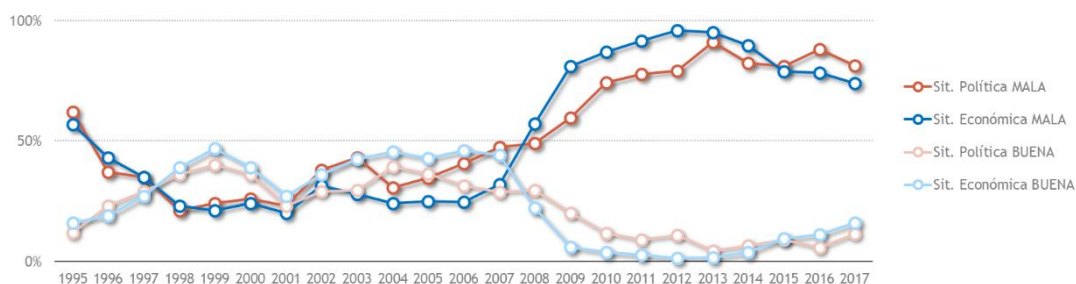
El descontento con la situación económica mantiene a lo largo del tiempo una correlación evidente con el descontento respecto a la situación política ($r=0.9$). La particularidad de la Gran Recesión es que provocó una alta evaluación negativa de ambos indicadores en una proporción y una duración inéditas tanto en la serie histórica de Metroscopia como en la del CIS. Es destacado que durante la crisis económica de los años noventa solo en el mes de noviembre de 1993 la insatisfacción con la economía del país —quienes la evalúan como mala o muy mala— traspasó la barrera que hasta ese momento era del 80%. En cambio, entre 2011 y 2014 este indicador se mantuvo ininterrumpidamente no solo por encima de esa cifra, sino que alcanzó un malestar prácticamente unánime e histórico del 98% en diciembre de 2012 —un año en el que el malestar medio fue del 96%—. En el caso de la evaluación política el máximo histórico fue el 88%, repitiéndose en dos momentos: noviembre de 2014 y el mismo mes de octubre cuando tuvo lugar la investidura de Mariano Rajoy.



Fuente: Banco de datos de Metroscopia, 1995-2017

La clave esencial del posmalestar es que el descontento respecto al estado la economía española ha disminuido 27 puntos porcentuales en los últimos cinco años (del 96% de 2012 hasta el 69% de 2017) y, al mismo tiempo, el descontento político no solo ha experimentado la tendencia opuesta en el mismo periodo (aumentando del 79% al 88%) sino que, como consecuencia de esto, actualmente es superior al económico. Concretamente, el inicio de este proceso es enero de 2016, tras la celebración de las generales del 20 de diciembre de 2015.

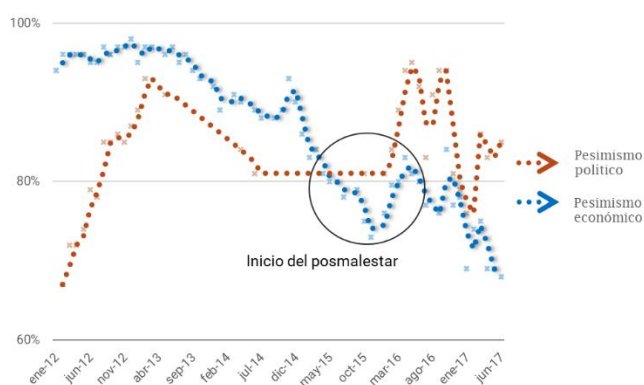
Evaluación de la situación política y económica de España entre el conjunto de la ciudadanía



Fuente: Banco de datos Metroscopia, 1995-2017.

NOTA: El porcentaje restante en cada año corresponde a la categoría "Regular", respuesta espontánea que no se ofrecía durante la entrevista.

Paco Camas / Metroscopia



Paco Camas / Metroscopia

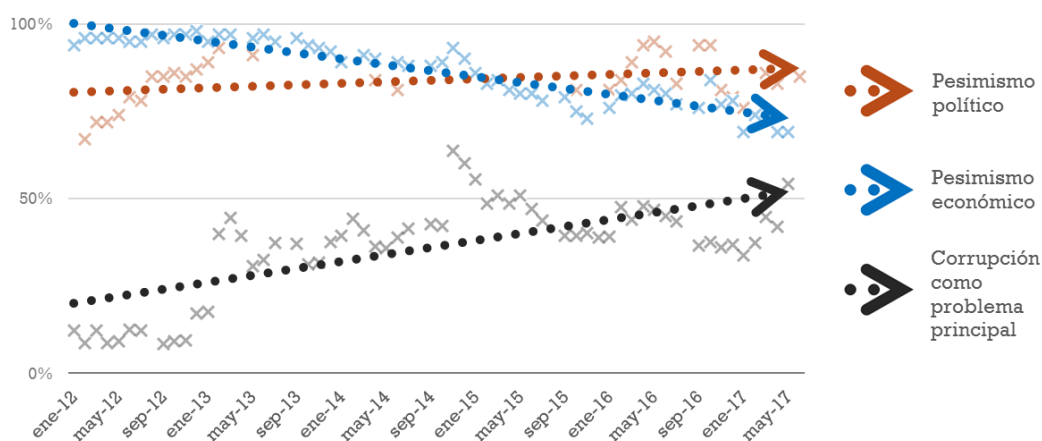
Habría que remontarse a mediados de los años noventa para detectar un fenómeno de direcciones cruzadas similar a este. Este podría establecerse como el precedente más cercano del posmalestar, en un contexto de crisis económica sumada a escándalos políticos relacionados con financiación ilegal de partidos políticos, la corrupción de altos cargos socialistas y delitos cometidos en la lucha contra el terrorismo de ETA (Wert, 1996; en Montero, Gunther y Torcal, 1998). Sin embargo, fue mucho menos voluminoso y, además, momentáneo: el malestar político se mantuvo por debajo del 70% y estuvo por encima del malestar económico únicamente en los meses precedentes a la victoria de José María Aznar entre finales de 1995 y marzo de 1996.

Aún así, podría establecerse un cierto paralelismo con los noventa en cuanto al contexto de crisis económica y a la corrupción como variable fundamental y articuladora del descontento político. En este sentido, nunca antes en la historia moderna de la democracia española la corrupción había sido considerada el segundo principal problema del país por tanto tiempo ni con tanta intensidad. Solo superada por el desempleo —problema que goza de una estabilidad notoria entre 2008 y 2017—, la corrupción ha pasado de ser un

problema de primer orden para el 40% de la ciudadanía en el promedio de los últimos cuatro años (2013-2017), frente a solo el 3% en el periodo anterior (2000-2012). En noviembre de 2014, coincidiendo con la propuesta del juez Ruz de juzgar a 43 imputados por el caso Gürtel —incluyendo a los extesoreros del PP Luis Bárcenas, Álvaro Lapuerta y Ángel Sanchís—, se registró el dato más alto de la serie histórica: 64%. Hoy, casi tres años después, la corrupción sigue siendo un problema principal para la mitad de los españoles (49%).

Por tanto, la corrupción parece haber dejado de ser un tema para devenir en un contexto: en este último tiempo ya no es un problema concreto, sino un telón de fondo —moral y emocional— desde el que los españoles habrían pasado a percibir y evaluar cuanto acontece en nuestra vida social, política y económica.

Asimismo, la mejoría económica no parece un remedio eficaz contra la indignación ante la corrupción. Puede que el empeoramiento de la situación económica raíz del estallido de la Gran Recesión pudiera haber actuado como catalizador de intolerancia hacia la corrupción, pero los datos disponibles no permiten establecer una correlación positiva entre ambos fenómenos. Más bien al contrario: el progresivo declive desde 2012 de la evaluación negativa de la situación económica se ha venido produciendo junto a un aumento progresivo de irritación ante la corrupción. Hoy, al malestar económico y a la indignación ante la corrupción le separan 20 puntos porcentuales (69% frente a 49%), cuando hace cinco años la distancia era de 72 puntos (94% frente a 12%).



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Metroscopia y del CIS (2012-2017)

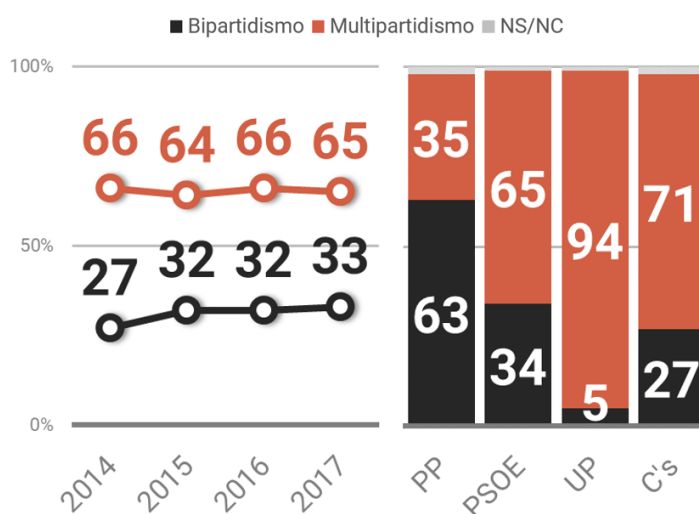
La Gran Recesión instauró un periodo extraordinario en la dinámica económica, política y social de España. Pero cabe preguntarse si la particularidad de este periodo va camino de devenir en lo ordinario o en la nueva normalidad. La disminución del malestar económico no está produciendo un retroceso paralelo del malestar político y la corrupción puede estar actuando como un freno para que esto suceda.

No es el multipartidismo, sino su gestión

La configuración del actual sistema de partidos en España, con cuatro fuerzas políticas que se disputan el 90% de los votos y de los escaños, no parece una anomalía o un receso del esquema bipartidista imperante hasta 2015. Los resultados de las dos últimas elecciones y la preferencia que de manera rotunda e invariable viene expresando la mayoría de la ciudadanía, apuntan hacia la consolidación del modelo cuatripartidista.

Dos de cada tres españoles (65%) prefieren un sistema multipartidista en el que los partidos gocen de un tamaño similar, aunque esto pueda incluso dificultar el proceso de formación de gobierno. El respaldo de esta opinión es casi unánime entre los votantes de Unidos Podemos (93%) y mayoritario en la misma medida entre los de PSOE y Ciudadanos (67%).

Por el contrario, quienes anhelan el sistema bipartidista representan el 33%. Una añoranza que se encuentra además muy localizada: son fundamentalmente quienes votan al PP (67%; una proporción inversa a la del conjunto de España) y las personas de más de 65 años (49%) los colectivos más incómodos con el cuatripartidismo.



Fuente: Banco de datos [Metroscopia](#).

Paco Camas / [Metroscopia](#)

La preferencia mayoritaria por el multipartidismo se muestra inalterada desde 2014 y viene de la mano de un todavía mayor rechazo de la mayoría absoluta como aspiración electoral: casi tres de cada cuatro españoles (71%) prefieren que el partido que gane las elecciones no la consiga. En definitiva, ambos indicadores reflejan un apoyo al modelo cuatripartidista desde dos ángulos diferentes: optar por un modelo de varios partidos de tamaño similar supondría una demanda de acuerdo y pacto para formar gobierno y, por tanto, evitar que se logre la mayoría necesaria para gobernar en solitario.

Por tanto, la cuestión no es tanto el modelo sino su gestión lo que parece estar detrás del posmalestar. El descontento político es el resultado de la frustración de las expectativas. Lo llamativo es que, pese a la prolongación de tal frustración, el apoyo al modelo no disminuye, sino que se mantiene. Esto se observa también en la moderada variabilidad de los alineamientos político-partidistas (expresada en los datos disponibles sobre intención directa de voto durante el mismo periodo).

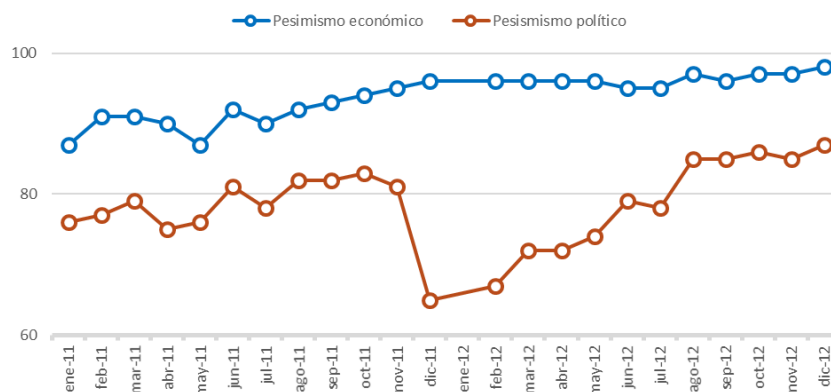
Los 300 días de bloqueo político durante 2016, tras la investidura fallida de Pedro Sánchez, la repetición electoral, la dimisión del propio Sánchez, etc. dieron lugar a un proceso político que disparó el posmalestar.



Tómese como ejemplo de esto los tres adjetivos que la ciudadanía española espontáneamente utilizaba para definir el estado de la situación política de España en pleno proceso de negociaciones para formar gobierno tras las elecciones del 26J: decepción, vergüenza y engaño¹⁵.

Sin embargo, la segunda investidura de Rajoy en octubre de 2016 no tuvo un efecto realmente palpable como el que sí se observó en la primera investidura de noviembre de 2011. El nuevo escenario multipartidista que no pudo articular una mayoría alternativa al PP, acabó en su continuidad y esto es un factor fundamental para el sostenimiento del posmalestar.

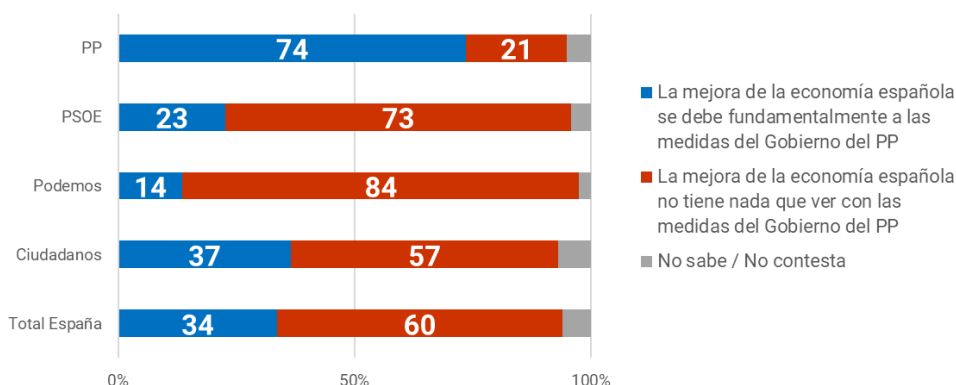
¹⁵ Encuesta realizada en septiembre de 2016. Fuente: <http://metroscopia.org/los-espanoles-y-sus-politicos-verguenza-y-decepcion/>



Fuente: Banco de datos Metroscopia

Paco Camas / **Metroscopia**

Ni siquiera la apuesta por la mejora económica del Gobierno parece estar consiguiendo el efecto esperado. En primer lugar, porque la mayoría de la ciudadanía no le reconoce la responsabilidad de tal mejora (el 60% cree que no tiene nada que ver con la política del Gobierno). Solo sus propios votantes —y no todos, tres de cada cuatro (74%)— y un tercio de los de Ciudadanos (37%) sí creen que responde a las medidas del Gobierno.



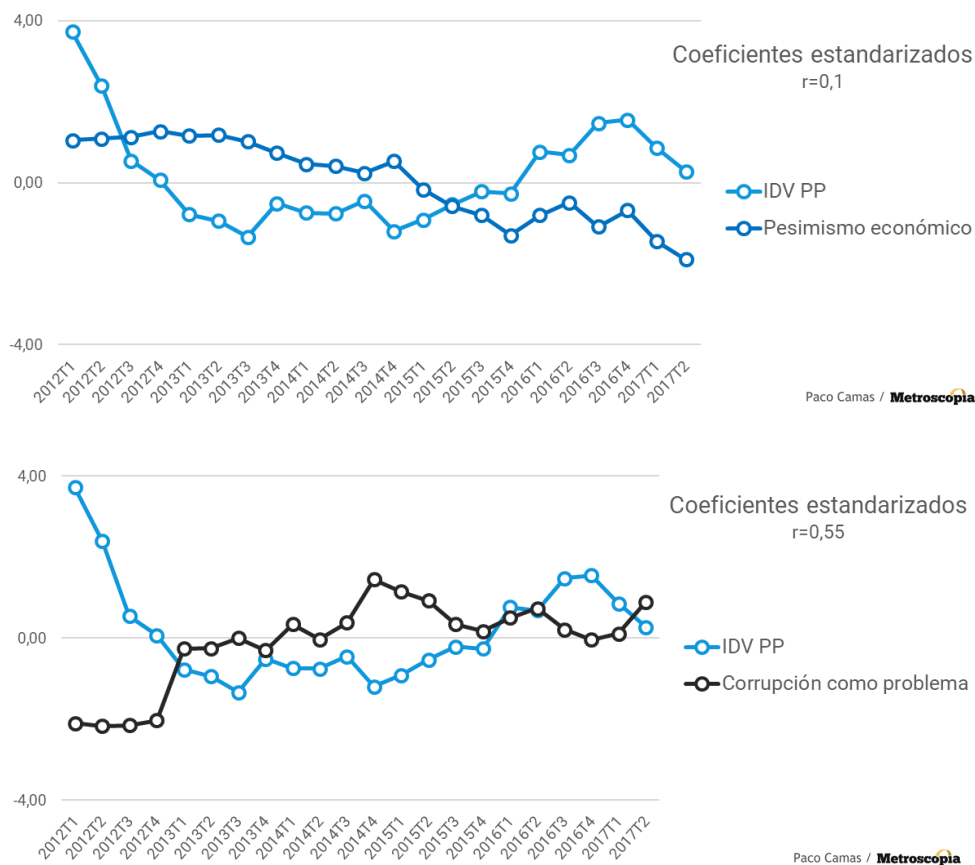
Fuente: Banco de datos Metroscopia (enero 2017)

Paco Camas / **Metroscopia**

Y, en segundo lugar, el respaldo electoral del PP no encuentra correlación con la disminución del malestar económico ($r=-0.1$), sino con la corrupción ($r=0.55$). De hecho, a pesar de que esta última es moderada, las tendencias discurren casi como un espejo. Cada aumento o disminución de la indignación con la corrupción parece tener un efecto inverso en la intención de votar al PP. Las crestas claramente identificables en el gráfico coinciden con acontecimientos político mediáticos destacados: la publicación por el diario El Mundo del sms de Rajoy a Bárcenas en julio de 2013 (T3), la publicación de El País del escándalo de las tarjetas opacas o “black” de Caja Madrid en octubre de 2014 (T4), la celebración de las elecciones generales en junio de 2016 (T2) y el escándalo de

corrupción de la empresa pública de aguas Canal de Isabel II (Operación Lezo) en abril de 2017 (T2).

La continuidad del PP en el Gobierno y la corrupción asociada a ese partido aparecen, pues, como dos pilares importantes del posmalestar. Sin embargo, cabe preguntarse si el posmalestar también se observa entre los propios votantes del PP en la misma medida que en el resto de la población y justamente por esos factores.

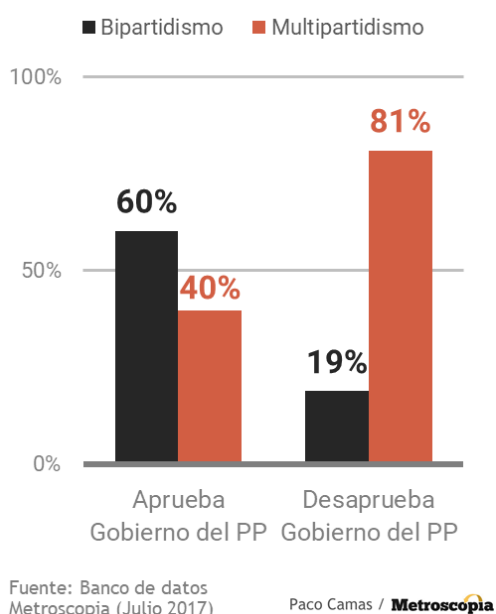


El posmalestar es heterogéneo

El 79% de los votantes del PP aprueba la labor política de Mariano Rajoy, el 82% la actuación política del PP en el Parlamento y el 79% la gestión hasta ahora del Gobierno del PP y, pese a eso, el 62% considera que la situación política de España es mala. El posmalestar, en el caso del PP, se impulsa probablemente por su incomodidad con el modelo multipartidista. Como se señaló previamente, la añoranza del bipartidismo y del tiempo de las mayorías absolutas se concentra básicamente entre el electorado conservador. Es el sistema cuatripartidista en sí, y no tanto su gestión, ni el contexto de

corrupción, ni la marcha de la economía, lo que estaría detrás del *posmalestar conservador*.

El dato quizá más relevante es que, entre los españoles que aprueban la gestión del Gobierno del PP, el 60% prefiere la vuelta a un sistema bipartidista. Por el contrario, entre quienes evalúan negativamente al Gobierno, el 81% prefiere un sistema multipartidista. El eje ideológico probablemente interactúa aquí con el eje continuidad-cambio, en la medida en que junto a las aspiraciones políticas de gobernar también es relevante bajo qué sistema y en qué condiciones gobernar. En este sentido, la contraparte al PP sería el electorado del PSOE que, aun habiendo sido el otro partido constitutivo del bipartidismo, no aspira volver a este: la mayoría (65%) prefiere un sistema multipartidista en el que prime fomentar el pluralismo político en lugar de la eficiencia para formar gobierno.



Por tanto, podría pensarse que el grueso del posmalestar está compuesto por quienes principalmente aspiraban a un cambio de Gobierno y no lo vieron materializarse: votantes de PSOE, Unidos Podemos y Ciudadanos. La sustitución del PP en el Gobierno sintetizaría estas demandas de cambio y regeneración en el sistema político y también de “desinfección” de la corrupción en las instituciones públicas. Sin embargo, al mismo tiempo que esto sucede, el posmalestar no sería posmalestar sin la porción de descontento político que aporta el electorado

de descontento político que aporta el electorado del PP, es decir, es el resultado de la yuxtaposición de frustraciones políticas de distinta motivación y consideración. Y esto tiene, además, una desigual implantación territorial.

Por otra parte, las evaluaciones ciudadanas de la política y la economía que se han registrado recientemente en algunas comunidades autónomas, permiten reconocer que el posmalestar presenta una desigual implantación territorial. Aunque no podemos ser exhaustivos, ya que solo se cuenta con catas en tres comunidades, los resultados son los suficientemente significativos que permiten sostener esta afirmación.

Orriols y León (2016) demuestran que la variable territorial en un sistema multinivel (federal asimétrico) es clave para dar cuenta del voto económico: existe mayor impacto

en unas autonomías que en otras según la autoridad y los recursos públicos estén más o menos concentrados en un solo nivel de gobierno. Esto es útil para contextualizar la diferente articulación del posmalestar en el territorio ya que, según la realidad política y económica de cada comunidad, las percepciones pueden ser distinta respecto al conjunto nacional.

En efecto, aquellas comunidades que cuentan con una renta media per cápita más alta, la percepción negativa de la ciudadanía sobre situación económica es correlativamente más baja. Ahora bien, la diferente proporción de pesimismo político en cada uno de estos territorios permitiría describir tres perfiles en comparación con el posmalestar nacional:

- La Comunidad de Madrid presentaría un *posmalestar autonómico* debido a que se registra un predominio claro de la insatisfacción con la situación política en la región: 22 puntos superior al descontento con la situación económica, que registra el dato más bajo (50%). Este posmalestar autonómico madrileño es, no obstante, inferior en intensidad respecto al del conjunto de España.

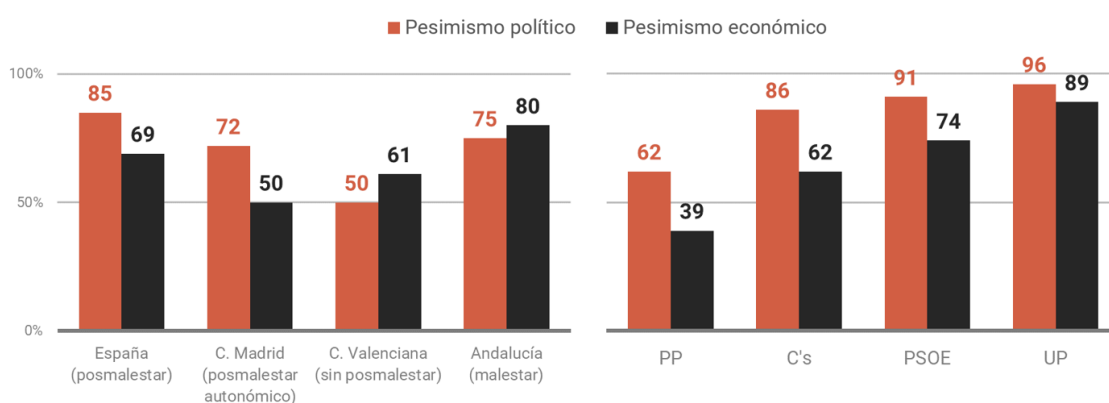
	Renta media (€)	Pesimismo político (%)	Pesimismo económico (%)
España	10.708	85%	69%
Andalucía	8.398	75%	80%
Comunitat Valenciana	9.265	50%	61%
Comunidad de Madrid	12.647	72%	50%

Fuente: Banco de datos de Metroscopia (2016-2017) y Encuesta de Condiciones de Vida del INE (2017).

- Andalucía no formaría parte del contexto de posmalestar, ya que sus indicadores reflejan que permanece aún en el malestar: alta y superior insatisfacción con la situación económica andaluza (80%) respecto al descontento con la situación política en la comunidad (75%).
- La Comunidad Valenciana podría representar la “superación” del posmalestar. El descontento con la situación política valenciana solo es expresado por la mitad de los valencianos (50%), siendo superado por la insatisfacción con la situación

económica (61%). El gobierno de coalición entre PSOE y Compromís en la Generalitat Valenciana juega un papel clave, ya que la mayoría de votantes de izquierda en Valencia (PSOE, Compromís, Podemos e IU) consideran que el estado actual de la política valenciana es bueno (53%, 75%, 62% y 65%, respectivamente). La materialización de una alternativa de Gobierno al PP en Valencia, con todas las cautelas y salvando las distancias, podría extrapolarse en forma de hipótesis a nivel nacional: una salida del PP del Gobierno de España provocaría la disminución o desaparición del estado de posmalestar ya que reuniría las condiciones necesarias de acuerdo a lo, hasta aquí, planteado. Un resultado electoral o un acuerdo poselectoral futuros que permitiera a otra/s fuerza/s política/s formar gobierno constataría:

- La evidente salida del PP del gobierno
- La conformación de un gobierno alternativo
- El abandono del tiempo de negociaciones e investiduras fallidas, es decir, una gestión más eficaz y eficiente del tiempo multipartidista
- La oxigenación del sistema político
- La potencial “desinfección” de corrupción en las instituciones políticas o, al menos, el alejamiento de la idea de Gobierno y corrupción — momentáneamente o no—.



Fuente: Banco de datos [Metroscopia](#). España y cruce por partidos, julio 2017; C. Valenciana, junio 2017; C. Madrid, mayo 2017; Andalucía, diciembre 2016.

Paco Camas / [Metroscopia](#)

Bibliografía

- AA.VV. (2014a): Informe sobre la democracia en España 2014, Fundación Alternativas, Madrid.
- AA.VV. (2014b): VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España, Fundación Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada (FOESSA), Madrid.
- ANDERSON, C (2000): *Economic voting and political context: a comparative perspective*, en *Electoral Studies*, núm. 19, págs. 151-170.
- BOBBIO, N., PONTARA, G. y VECA, S. (1985): Crisis de la democracia, Ariel, Barcelona.
- CROZIER, M.J., HUNTINGTON, S.P. y WATANUKI, J. (1975): The Crisis of Democracy, New York University Press, New York.
- FERRÁNDIZ, J.P.: “Cuatro meses de Gobierno de Rajoy (enero-abril 2012)” en Pulso de España 2 (enero 2011-mayo 2012), TOHARIA, J.J., Biblioteca Nueva. Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 2012, págs. 71-75.
- FRAILE, M y LEWIS-BECK, M (2014): “¿Es la economía y es la austeridad, estúpido!. Las consecuencias electorales de las políticas de recesión en las elecciones 2011”, en ANDUIZA, E. et al. *Elecciones generales 2011*, Madrid, CIS, págs. 127-143.
- GOERLICH GISBERT, F.J. (2016): Distribución de la renta, crisis económica y políticas redistributivas, Fundación BBVA, Bilbao.
- MONTERO, J. R., GUNTHER, R., y TORCAL, M. (1998): “Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 83, págs. 9-49.
- ORRIOLS, LI y RICO, G (2014): “El clima de opinión”, en ANDUIZA, E. et al. *Elecciones generales 2011*, Madrid, CIS, págs. 63-82.
- VALLÉS, J.M.: “¿Regeneración democrática sin contexto? Condiciones socioeconómicas y culturales para un cambio difícil” en Desafección política y regeneración democrática en la España actual: diagnósticos y propuestas, LLERA RAMO, F. J. (coord.), Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2016, págs. 49-78.
- VALLESPÍN, F. (2000): El futuro de la política, Taurus, Madrid.
- VILLORIA, M. y JIMÉNEZ, F.: “La corrupción en España (2004-2010): datos, percepción y efectos” en *Revista Española de Investigación Social*, núm.138, 2012, págs. 109-134
- WERT, J. I. (1996): “Sobre cultura política: legitimidad, desafección y malestar”, en TUSELL, J et al. *Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, Madrid, Alianza.